

# Sin conversión no hay Navidad para nosotros

---

navidad  
que con dulce cantar  
celebran las almas  
que saben amar

---

Celebramos la navidad como una tregua de vida. Son los días del desarme general: Cada uno procura quitarse esa coraza de recelo, de apresuramiento, de dureza que solemos usar diariamente para sobrevivir y triunfar en la lucha de la vida. También uno procura despojarse del cansancio acumulado. Uno trata de abrirse a la convivencia gratuita, a la amistad, a la alegría. Sinceramente uno quisiera ser bueno y quisiéramos sobre todo que la sociedad nos permitiera serlo. Vemos en nuestro corazón algo de la niñez, algo primigenio que no ha muerto en esta lucha por la vida y que se resiste a morir. Y nos parece algo muy sagrado, algo que sería una pena que se perdiera. Y en unas horas de convivencia con la familia, con los amigos esa llama antigua se prende de nuevo. O si hay algún obstáculo, por lo menos ese fuego cálido hace su nido en la memoria y recordamos lo que pasó, coloreado con lo que quisiéramos que hubiera pasado y con lo que soñamos que venga. Y nos sentimos confortados por todo el calor humano que se ha ido sedimentando en tantas costumbres tradicionales que nos hacen sentir que esta patria nuestra tiene un corazón que se mantiene vivo. Y también nos sentimos formando parte de esa gran familia humana, con sus distintos tonos locales, sobre todo de aquellas del Occidente con las que nos ligan especiales lazos históricos. Y en el centro del cuadro, aunque con cierta discreción para respetar el pluralismo social, aún seguimos colocando a Dios que bendice la vida, al Padre Dios que ama a sus hijos, y a Jesús, este hombre singular que nació tan oscuramente hace veinte siglos en Palestina y a quien aún nos sentimos de un modo u otro ligados.

Dejando a un lado tantas contingencias de cada día celebramos el poder desarmado de la vida en lo que tiene de más desprevenido, de más frágil, de más entero y cautivador.

Claro está que sabemos que esto es sólo un paréntesis. Enseguida se imponen las necesidades, las componendas, la soledad. Y la misma celebración como que las atrae. En navidad ganamos más, pero gastamos más aún y trabajamos menos. Así que, tras la navidad, la cuesta de enero. Este breve abandonarse al erotismo, a las fuerzas de la vida, se paga con un cierto entumecimiento general, con la separación que origina la lucha por la conservación propia, aunque sea a costa de los demás.

Y en realidad ni siquiera llega a ser un paréntesis. ¡Quisiéramos dejar fuera en estos días de navidad tantas cosas con las que no nos sentimos identificados, tantas cosas que hacemos a disgusto, tantas cosas que nos obliga a hacer la vida! Pero no podemos dejarlas fuera, están ahí mismo en nuestro propio corazón y en el momento más inoportuno nos destrozan nuestro sueño de bondad. Y por eso nos rodeamos de los más sofisticados productos del mundo para no sentirnos solos, para esconder nuestra incapacidad de darnos a nosotros mismos, para glorificar la seguridad y la brillantez de una clase social que, tras haberse apropiado de lo que pertenece a todos, no ha sido capaz de crear un proyecto nacional, y que pervierte al pueblo con tal de venderle sus productos y para hacerlo cómplice de su incapacidad y de su inmadurez.

Nuestra navidad no es en verdad esa fiesta idílica. Se parece más a un carnaval lleno de burbujas doradas y huecas. Pero de todos los modos algo queda en nuestra navidad, algo que se adhiere tenazmente a la "multisápida hallaca", a la juvenil armonía de los aguinaldos, al reventón de las gaitas, a las misas de aguinaldos, a los encuentros familiares, a los regalos, incluso a las mil clases de cohetes que todos los años y que los van a quitar. Navidad, noche de paz, alegría, buenos deseos, perdón. Se estremece de ilusión un rincón de nuestro cuerpo.

¿Es esto la navidad cristiana? ¿Quién puede negarse a ver aquí huellas de Dios; nostalgia del bien, deseos profundos de un mundo mejor? Y sin embargo creemos que la buena nueva es más. No consiste sólo en creer que la vida tiene también lados buenos. La buena nueva cristiana consiste en creer que este modo de vivir que asociamos a navidad puede convertirse en realidad diaria. El que recibe la buena nueva es el que se atreve a vivir la navidad no como una tregua o como un paréntesis —esto es algo razonable y está bien visto— sino como fuente de historia humana, como proyecto de vida y no sólo de vida privada, sino de vida social. Y esto hoy y aquí suena simplemente a necedad. Pues bien, esa necedad de Dios, esa debilidad de Dios es la que anunciamos como buena nueva de salvación.

En el nacimiento de Jesús las circunstancias son muy desabridas. Sin embargo la tradición cristiana ha sabido ver en esa pobreza, en este desamparo, una buena noticia, una alegría para todo

---

al ver al niño nacer  
en una cuna de paja  
Herodes se alborotó  
y el pueblo se contentaba

---

el pueblo. Ha sido capaz de ver que ahí, precisamente ahí, nacía nuestra salvación, en esas lágrimas nuestra alegría, en esta pobreza nuestra riqueza, en este abandono nuestro común encuentro. Cuando se anuncia que ha nacido Jesús, Jerusalén, sus notables, se sobresaltan. No es una buena noticia para ellos. Es más bien el comienzo del fin. Y por eso mandan matar a Jesús. Y Jesús, sin casa, sin una mala posada, sin cuna, se queda también sin patria. El nacimiento de Jesús sólo fue una buena nueva para unos hombres del pueblo que pasaban la noche al raso trabajando; ellos sí se llenaron de alegría, lo mismo que esos extranjeros que dejaron su tierra y se pusieron en peligro por encontrarlo y lo supieron reconocer en su pobreza, o ese par de viejitos, Simeón y Ana, llenos de años, de rezos y de esperanza que no querían morir antes de ver una señal de que Dios no había abandonado a esta tierra.

---

navidad en venezuela  
los unos con sus negocios  
los otros con su pobreza

---

Por eso la navidad este año en Venezuela no puede consistir en una llamada a olvidar, no puede ser un paréntesis de buena voluntad, una ilusión de ternura que todo lo deje igual. El nacimiento de Jesús es una mala noticia para los notables del país. Ellos disponen de unos recursos económicos sin precedentes en nuestra historia. Pero la rapiña les ha cegado los ojos para ver las responsabilidades del momento. Y las únicas peleas son para ver quién se lleva más botín. Y casi todos se pliegan. El dinero lo puede todo. Las autoridades denuncian la situación, pero no quieren o no saben o no tienen poder para remediarla y han puesto en manos de los poderosos las finanzas y el poder de decisión. Mientras tanto el pueblo, como los pastores de Belén, pasa la noche al raso sin trabajo, sin alimentos dignos, sin educación, desmanteladas sus organizaciones, sin horizonte. Por eso la navidad es ante todo una mala noticia para los notables del país: Ha nacido y vive quien no puede tolerar tanta "violencia institucionalizada" y quien tiene poder para derribar esos ídolos y a sus servidores. Ha nacido el rey de este pueblo de Dios. Y su nacimiento proclama que no son pastores sino salteadores quienes se autoproclaman como clase dirigente.

"Le hallarán envuelto en pañales y recostado en un pesebre". Esas son las señales, ese es el estilo de vida, esa es la condición social de este salvador. Este sigue siendo el único camino de salvación para la humanidad que proclamamos los cristianos. Porque no podemos servir a Dios y al dinero. No nacerá nuestra nación como la comunidad fraternal que soñaron los libertadores, mientras sigamos considerando a la patria como un comercio regulado de egoísmos privados. No seremos los discípulos en Venezuela de ese Jesús que nació en Belén, mientras no nos pongamos de parte del pueblo como único camino para salvarnos a todos.

"Los fariseos oían todo esto. Eran hombres apegados al dinero, y por eso se burlaban de él. Jesús les dijo: "Ustedes se las dan de justos ante la gente, pero Dios conoce los corazones. Porque lo que los hombres tienen por grande, Dios lo aborrece." (Lucas 16, 14-15).

Por eso, si queremos anunciar no la navidad comercial y ni siquiera la navidad sentimental sino la navidad cristiana, "esta buena nueva que será motivo de alegría para todo el pueblo" (Lucas 2, 10) se convierte en causa de contradicción. Es decir, si este acontecimiento no lo confinamos a una noche de ilusión, algo más que un paréntesis de esperanza hasta el año que viene, si proclamamos no un poco de "opio del pueblo" sino una salvación real para el pueblo entonces sí es verdad que Herodes se alborotará y toda Jerusalén con él (cf. Mateo 2, 3). Y Jesús será de nuevo "señal de contradicción - ¡y a tí misma una espada te atravesará el alma! - Pero con esto los hombres mostrarán claramente lo que sienten en sus corazones". (Lucas 2, 34-35).

Y entonces, en esta navidad nuestra, venezolana se descorrerá el velo de nuestra comodidad y de nuestro miedo, y oiremos el llanto de este niño que no tuvo casa dónde nacer, y en su abandono veremos el inmenso clamor de nuestro pueblo excluido en esta hora bochornosa de reparto de botín. Y si mantenemos diariamente esta visión, si nos atrevemos a vivir abiertos ante este pecado nuestro, será posible una conversión, se estará operando ya, y eso es la buena nueva (Marcos 1, 15).

Creemos que este año habrá entre nosotros navidad cristiana, porque este movimiento, aunque latente, existe, aunque combatido, existe y tiene conciencia de su pobreza. "Un movimiento que implica constantemente cambio de estructuras, transformación de actitudes, conversión de corazones" (Medellín, 2, 14). Un movimiento de cercanía al pueblo, de compromiso real con él. Creemos que habrá navidad cristiana en Venezuela porque en nuestro país hay hombres que quieren recibir a Jesús en su casa; más aún hay hombres que han salido de su casa, de su clase social, para encontrarse con Jesús. Habrá navidad -una navidad subterránea- porque también en nuestro país se pudiera haber escrito este anuncio de esperanza de los obispos del Centro-Oeste de Brasil:

"Existe un pueblo que es marginado. No inventamos. Es la gente con la que vivimos y al servicio de la cual nos consagramos. Con los ojos y con los oídos vamos viendo y escuchando todos los días a esa gente. Y estamos comprendiendo por la práctica que ese pueblo es la Buena Nueva de Cristo para nuestro mundo".